

Esos fueron los días

Fernando Solana Olivares



A VECES PARECÍA LA CASA DEL SOMBRERERO LOCO. Medellín 28 hervía. Andábamos por ahí no tantos pero sí muy visibles: eran y estaban. Flaubert escribe *Madame Bovary* con el tiempo verbal “hacía”. Donde estoy diciendo, no. Había cosas que se hacían, desde luego, y ellas eran el motivo aparente del encuentro funcional que entre nosotros ocurría. Pero ahora, al recordarlo después de treinta años, y en mi caso veintinueve, porque me incorporé un poco más tarde, debo emplear otro tiempo: hubo una vez.

En pocos lugares me divertí y aprendí tanto. El trabajo consistía en tejer editorialmente las palabras de otros, con toda libertad, atrevimiento, gracia y a veces desgracia, como aquella vez que le mostré a Carlos Montemayor, el director de la revista, un original de la portada de *casa del tiempo* con errata en el nombre de Goethe. Lo hice a propósito, coaligado con mis pares en la redacción eficaz y desmadriada de la que formaba parte, un cuadrángulo inteligente, juvenil y pretencioso, a veces desmesurado, conmovedoramente ingenuo: el mundo, nuestro mundo, iba a ser mejor.

El propósito de hacerlo era mostrarle la ineptitud del jefe de redacción que recién nombrara para controlarnos. A José, nuestro muy querido y democrático superior inmediato, el secretario de redacción, y a tres redactores: Blanca, Alberto y yo, a cual más penetrante según su estilo: la relampagueante inteligencia femenina de Blanca, la ilustrada inteligencia aguda de Alberto, mi propio volcán mental. Y la subjetividad. Por ejemplo, yo deseaba a Natalia, la muy atractiva e interesante diseñadora de la revista y de los libros que se componían en el departamento editorial. Me encantaba pelearme con ella (y a ella conmigo) pues era mujer que se sabía

defender sin complejos ni cobardías, otra razón por la cual me ocupaba en confrontarla –Natalia embellecía en la cólera–, y la errata del bardo alemán permitió una de las tantas ocasiones que tuve para aproximármele.

Quizá era una forma de hacerle saber cuánto me gustaba, pero en cambio yo le decía que la existencia de una diseñadora como ella, quien no leía los textos que pasaban por sus manos y retardadamente respondía que tal no era su trabajo, me parecía inaceptable. Es cierto que lo principal era mostrar visualmente a Carlos Montemayor los límites del jefe, pero recuerdo ahora las dos acciones y no dudo ni un instante entre ellas: tales límites y su demostración no le importaban a nadie, ni siquiera al afectado, pues eran infranqueables, pero para mi educación sentimental y el goce de mi deseo resultaba indispensable acercarme a ella. Constantemente a ella.

Mientras escribo estas líneas pienso en la oscura desbandada que se ha producido entre nosotros luego de treinta años. Carlos Montemayor ha muerto hace poco. Escribí una pieza periodística lírica para agradecer tantas cosas esenciales que recibí de él. La historia condensada es: yo había salido recientemente derrotado en la competencia electoral por el liderazgo sindical universitario. Luego de curarme las heridas subiendo por varias semanas a unos prados montañoses de las estribaciones del Ajusco, muy cerca de donde vivía con mi hija de tres años y mi mujer japonesa, tuve que presentarme en mi trabajo, la dirección de difusión cultural, y ante su director, el cual era Montemayor.

Platicamos con cierta tirantez al principio, pues mi pasado sindical representaba toda una circunstancia, y con mayor soltura después. Hablamos de literatura y le dije que yo escribía. Me pidió algunos textos, días más tarde se los dejé con la secretaria y quedé a la febril espera de sus comentarios. Todavía hoy puedo verme subiendo por las escaleras interiores de Medellín 28, ese crisol, para acudir a la cita donde Carlos Montemayor me abriría el futuro. Preguntó, manipulando su pipa, leyendo en voz baja y a veces en voz alta ciertas líneas de ellos, si los textos eran míos.

Le dije que eran fragmentos de una novela que estaba escribiendo, y por ellos me nombró redactor en el departamento editorial, a las órdenes amables del anarquismo editorial de José, el entrañable poeta, a las órdenes de su mandar obedeciendo, y así me nombró miembro de la prometedor red, al modo de los diagnósticos diferenciales, en la que literaria y existencialmente vivía Pepe con su pequeño equipo, todos refugiados en el patio trasero de la bella y patricia casa de la colonia Roma donde despachaba difusión cultural: Blanca Luz y Alberto, un cuadrilátero, un cuadrángulo favorecido porque el cuatro es un número básico: los cuatro fantásticos, las cuatro estaciones, los cuatro puntos cardinales.

Eso no fue todo: meses después me sugirió que pidiera la beca del canónico Centro Mexicano de Escritores para escribir la novela que le mostré. Apenas ahora la he terminado, tres décadas luego de comenzarla, y agradecidamente se la debo a Carlos Monte-



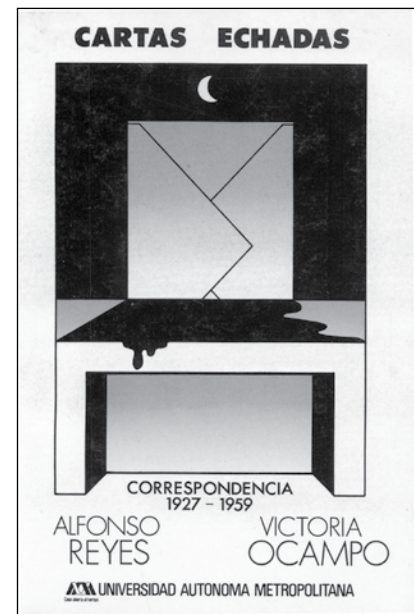
mayor. También a Rulfo y a Elizondo y a Monterde y a García Beraza y a Domínguez y a Azar y a Martínez y a López Colomé y a Galván y a Cabrera, pero primero a él. Un miércoles por la tarde, durante una sesión del Centro, Montemayor, quien ese año era tutor de los becarios, llegó ligeramente retrasado acompañado de una hermosa joven. Yo decidí reclamarle, más que la tardanza, la infracción a las reglas al haber llevado, sin anunciarlo, a una extraña a la sesión. Lo rumiaba en mis adentros y me volví hacia donde ella estaba sentada. Me miró sonriente y me deslumbró. Quedé mudo y fulminantemente enamorado, más tarde me casé con ella y con ella estoy.

Se llama Laura mi mujer. Con el tiempo me ha confesado que esa tarde no me veía a mí. Quizás su fascinación por estar presente en la parlanchina carpa de circo de los maestros y los aprendices de las palabras me pareció otra clase de signo, pero su signifiante significado significó toda una vida. Montemayor me abrió la puerta de la escritura metódica, diaria, a contracorriente, la de ni un día sin línea, la de la escritura definitiva, y adentro de la misma conocí a quien sería mi mujer. Alguien debió haberlo hecho, pues mi destino llevaba escrito que ocurriría un síndrome a lo Stendhal, un retardamiento de la escritura, una postergación. Pero luego del cual vendrían encuentros detonadores, puntos gatillo. Eran esos, mientras Medellín 28 hervía.

Una tarde cimarrona de la ciudad, cuando sin saberlo sucedían los crepúsculos de su habitable belleza urbana, los últimos días de su tranquilidad, caminando por las anchas avenidas cercanas a la oficina, entre tejidos aéreos de jacarandas verdes cruzando el cielo y el brillo del sol vespéral tocando nuestros cuerpos y nuestras mentes jóvenes, haciendo uno de nuestros habituales paseos peripatéticos en seguida de la calmosa comida, y sorbiendo una paleta de agua como de costumbre, José, Alberto y yo íbamos componiendo el mundo a partir de nuestra divisa: la gente no sabe hasta dónde puede osar sin peligro, si lo supiera, se volvería loca de pesar por no haber osado más.

El mundo era entonces fresco, inaugural y positivo. El mundo era una templada y luminosa tarde que prometía durar para siempre. Queríamos ver lo invisible y veíamos atentamente lo visible, donde lo invisible está. No sé cuánto penetramos en ello, ni siquiera sé quién se quedó con qué, pero la imagen de esa tarde —el recuerdo es el recuerdo del recuerdo— parece contener las claves de un misterio: todo consistía en caminar lúcidamente hacia el sol mientras iba cayendo. También contenía una advertencia que ignorábamos: llegar a algún cielo protector antes de que oscureciera del todo.

La revista *casa del tiempo* y las colecciones de libros Molinos de Viento y Cultura Universitaria eran de gran valor artístico, de alta creatividad literaria y cultivado rigor intelectual: existen ejemplares para demostrarlo. Hablar mal de los muertos es una cosa que no debe hacerse, pero he de anotar que con Manuel Nuñez Nava, mi jefe inmediato, no tuve una buena relación, pues nunca estuvo de acuerdo con mi ingreso al grupo editor.



Sostuvimos una guerra que muy pronto perdió. Para hartarme me sentó en el escritorio de la secretaria, me hizo atender los teléfonos, recibir las colaboraciones y organizarlas. Así me entregó sin saberlo el control de una oficina a la que él no se presentaba con mucha frecuencia.

Tuvimos algún encuentro áspero donde discutimos, y Manuel, un hombre de sentido del humor tan memorable como wildeano, decidió tolerar con agudeza irónica (“mucha tenebra gay”, escribe José en su texto) mi presencia. Llegamos a reír y hasta alternar en las fiestas pasolinianas decadentes que ofrecía los sábados en casa con su encendida pareja, Rafa, los dos vestidos uno con bata de seda y el otro con rutilantes chales de algodón. Pero como la amistad entra por los sentidos, alrededor de nosotros no pudo entrar. Descanse en paz ese poeta y traductor que eligió la morralla e hizo una obra fragmentaria y brillante, reducida y depurada, que podría perdurar como unas tablillas de arcilla que serán desenterradas en el desierto alguna vez.

Si me lo permite mi querida hermana Blanca, quien envidiablemente así tituló su logrado texto —porque la temática de la narración comienza, regresa y termina en la redacción de la revista, en la cual ocurría lo mismo que en la redacción del periódico anglohindú que describe Kipling en *El hombre que sería rey*, donde llegan y vuelven sus protagonistas trágicos: Dravot y Carnehan; por ésta también iban y venían escritores y colaboradores de toda laya que actuaban como los recién llegados actúan en las redacciones: como si fuera su casa, desde el más joven de nuestros priístas entonces, hoy un acomodado funcionario, hasta un poeta muerto de hambre al que se le caía el techo de su sicótico apartamento, por fortuna ya fallecido— sobre aquella *casa del tiempo* y aquellos libros y aquellos encuentros icásticos,

indelebles, por todo eso de repente me veo escribir que escribo un texto más largo que en alguna parte de su título llevará la dirección de Medellín 28.

En él habrá que contar cuando Raúl, el tan decente hampón de la cuadra, que se refugiaba en el *Tomboy* para vigilar desde el ventanal del café de hamburguesas sus visionarios y pioneros aunque modestísimos jales de narcomenudeo, acompañado de las dos angustiadas esposas con que contaba, una mujer y su hermana menor embarazada, a su tenso lado en la eléctrica espera gitana que rigurosamente cumplía, tocó una vez la puerta de mi cubículo editorial y me pidió una carta de recomendación, éramos amigos. Se la escribí con todo el esmero prosístico que pude en papel membreteado. Pero ese documento no fue suficiente para que Raúl lograra incorporarse al mundo formal desde los bajos fondos: neurosis de destino. Contar cuando entramos con Natalia al Tío Pepe y los ebrios aplaudieron como si llegara a visitarlos Afrodita. Contar todo lo que venga al recuerdo pues esa es una función de la memoria y así nos vamos diciendo a nosotros la vida que hemos vivido. Y en dicha historia seguir el método flaubertiano: toda imagen es una acción.

La oscuridad de los tiempos planetarios, la oscuridad que se apodera de México en estos momentos será completa tal vez mañana. Pero no todavía mientras una revista como *casa del tiempo* siga siendo un crisol ilustrado de la resistencia de las ideas, de las sensibilidades, de los objetos culturales y el lenguaje, un monjecopismo de la aristocracia espiritual de los mejores, los bien intencionados, los decididos, los eternos tranquilos que se sientan al abrigo de las mareas y proclaman el canto lírico del maestro de Santiago: despéñate, torrente de la inutilidad. Así se va la vida, como el agua, el sueño, una burbuja. Felicidades. ▀▀

